

El goce y el cuerpo: un nuevo principio.

Muñoz, Pablo.

Cita:

Muñoz, Pablo (2022). *El goce y el cuerpo: un nuevo principio*. XIV Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXIX Jornadas de Investigación. XVIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. IV Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. IV Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-084/503>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eoq6/GGe>

EL GOCE Y EL CUERPO: UN NUEVO PRINCIPIO

Muñoz, Pablo

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Buenos Aires, Argentina.

RESUMEN

En este artículo se presentan avances del proyecto de investigación UBACyT 2018-2022: “Génesis, delimitación y transformaciones del concepto de goce en la obra de J. Lacan”, dirigido por el autor. El objetivo de este trabajo en particular es esclarecer la relación entre goce y cuerpo.

Palabras clave

Goce - Cuerpo - Sujeto - Principio

ABSTRACT

THE ENJOYMENT AND THE BODY: A NEW PRINCIPLE

This article presents advances of the research project UBACyT 2018-2021: “Genesis, delimitation and transformations of the concept of enjoyment (jouissance) along the J. Lacan work” directed by the author. The aims of this work in particular is to elucidate the relationship between enjoyment (jouissance) and body.

Keywords

Enjoyment - Body - Subject - Principle

Las complejidades de la noción de goce en la enseñanza de Lacan tienen varias aristas. Una de ellas es su relación con la concepción de cuerpo. ¿De qué cuerpo hablamos en psicoanálisis? En algunos autores se advierte una fuerte tendencia a considerar el cuerpo como lugar de alojamiento del goce: el cuerpo es goce, sustancia gozante. De acuerdo con esa perspectiva, el goce es tratable por medio de lo real, y no de lo simbólico -la palabra y el discurso- que, impávidas ante lo real del cuerpo inefable que goza, dejan su lugar al corte y al silencio. Esto conlleva la idea de la propiedad del cuerpo y, por ende, del goce. La clínica se orienta, pues, a que el sujeto pueda responsabilizarse por sus modos de goce. Pero, y aquí comienzan los problemas, ¿el cuerpo es propio?

La relación que Lacan va tejiendo entre estas dos nociones -goces y cuerpo- es compleja y admite diversos valores. No obstante, en *El Seminario 14* se ocupa con notable insistencia de ella, formulando algunas precisiones que están destinadas a fijarse de un modo tal que no serán ya modificadas.

* Cuerpo propio

El cuerpo, ¿es propio? Es muy cierto que Lacan sostiene en *El Seminario 23*: “Uno tiene su cuerpo, no lo es en grado alguno”.¹

Pero ¿acaso implica propiedad? Una tenencia no necesariamente define propiedad, tal como sucede en el *usufructo* que es el derecho por el cual una persona puede utilizar un bien de otra y disfrutar sus beneficios, con la obligación de cuidarlos y conservarlos *como si* fueran propios. Este es el término que Lacan aplica al goce en las primeras páginas de *El Seminario 20*.

El término francés *usufruit* proviene del latín jurídico *usufructus*, término hecho de dos vocablos yuxtapuestos que significa “derecho de uso y goce de un bien del que uno no es propietario”. La fenomenología jurídica (tan frecuente en Lacan cuando se refiere al goce) es interesante en este punto pues hace concebible que podamos tener un bien del cual no gozamos pero cuyo goce *cedemos* a otro, eso quiere decir otorgarle a alguien el goce de un bien propio, del cual él ahora goza. En lenguaje jurídico, la *capacidad de goce* es la idoneidad que tiene una persona para adquirir derechos y contraer obligaciones. El usufructo es una tenencia definida como *precaria*, tipo de posesión diferente a la *propiedad* pues el que usufructúa de un bien no puede venderlo ni enajenarlo. En sentido estricto, solo es propietario de algo quien puede venderlo. Por el contrario, los objetos de goce se sustraen a la esfera del intercambio y la circulación que conservan enteramente su categoría de *bienes* (de los que solo cabe disfrutar o no) sin poder adquirir la de valores (o sea, la de cosas que solo *valen* en comparación con otras cosas, por y para esa comparación, de las que se puede ser propietario pero no poseedor ni usufructuario, porque no son susceptibles de goce alguno). En suma, todo goce es parcial pues es una posesión que se funda en una pérdida. Al destacar lo parcial, Lacan descarta que el goce sea total.

Es preciso señalar que esta articulación adolece de cierta livianidad (creo cada vez más necesario poder situar estas falencias en su argumentación para derribar la imagen de un Lacan sin fisuras), pues el goce no es comparable, en sentido estricto, al concepto de usufructo jurídico, especialmente en un punto que él había señalado un año antes:

Gozar es gozar de un cuerpo. Gozar es abrazarlo, es abarcarlo, es hacerlo pedazos. En derecho, tener el goce de algo es justamente eso: poder tratar algo como se trata un cuerpo, es decir, demostrarlo, ¿no es cierto? Ese es el modo de goce más regular, y por ello estos enunciados siempre tienen una resonancia sadiana.²

Esta cita connota de un modo dramático la tenue alusión comparativa con el usufructo, pues el goce aquí se revela en su dimensión de no-cuidado, de posesión y disposición absoluta. De

allí la nota sadiana, como marca del reconocimiento a que Sade ha llamado a las cosas ?al goce? por su nombre.

La comparación no es, pues, del todo correcta. No obstante, si quisiese ser condescendiente con el Lacan de *Aun* podría interpretar que el usufructo allí cumple la función de indicar cómo considerar la tenencia del cuerpo: marca de ajenidad y extrañeza lo que llamamos nuestro “propio” cuerpo. Que *uno tiene su cuerpo* es una formulación que apunta más bien a enfatizar que no se *es* un cuerpo, por eso Lacan afirma: “Relacionarse con el propio cuerpo como algo ajeno es ciertamente una posibilidad que expresa el uso del verbo *tener*”,³ pues por el solo hecho de estar obligado a usar un verbo ?es decir lenguaje? para nombrar una relación con el cuerpo indica, primero, que no lo soy y, segundo, que se trata de una propiedad impropia: *tenerlo* no lo hace propio. Por eso concluye: “la idea de sí mismo como cuerpo tiene un peso. Es precisamente lo que se llama el ego”. La idea del cuerpo como propio tiene peso, tiene importancia por los efectos que acarrea, pero pertenece al terreno del ego (no del *moi*), alusión al *ego cogito, ergo sum*, en suma: a la consideración de que el cuerpo da consistencia a la idea de sí mismo, de *yo soy*, por contraposición a la falta-en-ser del sujeto.

Lacan en *La lógica del fantasma* problematiza la propiedad del cuerpo enlazándolo al gran Otro. La interrogación con la que inaugura esta reflexión es fuerte: “¿qué es este Otro, cuál es su sustancia?”.⁴ En este contexto recuerda que se lo acusa de camuflar al espíritu con el concepto de Otro y responde que es falso pues “el Otro finalmente, no lo han aún adivinado, es el cuerpo”. Situar al Otro del lado del cuerpo como opuesto al espíritu le permite resolver la acusación que se le imputa. No obstante, es preciso aclarar que el par opositivo espíritu-cuerpo puede ser engañoso en el marco de la pregunta por la sustancia del Otro pues no se trata de la materialidad sustancial ?sustancia extensa? del cuerpo. Por eso aclara:

desde el principio el cuerpo, nuestra presencia de cuerpo animal, es el primer lugar donde meter inscripciones, el primer significativo [...] el cuerpo está hecho para que algo se inscriba que se llama la marca. El cuerpo está hecho para ser marcado, siempre se lo ha hecho y siempre el primer comienzo del gesto de amor es esbozar, más o menos, este gesto.

El Otro es el cuerpo es una “nueva articulación” ?como reconoce al inicio de la clase del 31 de mayo de 1967? del lugar del Otro, ahora ubicado en el cuerpo, tomado no en su materialidad sino como superficie de inscripción del gesto significativo. Situar el lugar del Otro en el cuerpo entraña admitir que es desde el inicio el lugar donde se origina, se escribe la marca en tanto significativo. La consideración del cuerpo como superficie de escritura, que sobre el cuerpo algo se inscriba (dejando de lado la necesaria y pendiente distinción entre *escritura*, *inscripción* e *inscritura*) requiere aclarar que la inscripción en el cuerpo de un significativo hace agujero. Si el Otro es el cuerpo en tanto

superficie de inscripción, el cuerpo es una superficie agujereada por efecto de la inscripción significativa, que deja un resto caído y como consecuencia, plantea el problema de la relación entre cuerpo y goce. Es vital no confundir lo que esto entraña. El cuerpo es el Otro pero no *El* Otro ni *Un* Otro (representante del lugar A), sino el cuerpo es el Otro en tanto *Lo* Otro, alteridad en cuanto tal, pues el cuerpo se constituye como ajeno al sujeto. Entonces “mi cuerpo” y “cuerpo propio” son afirmaciones problemáticas. *El cuerpo es el Otro* es la fórmula que señala la ajenidad intrínseca del cuerpo para el sujeto que nunca se hará uno con ¿su? cuerpo, desencuentro estructural entre yo, sujeto y cuerpo, a contrapelo de la creencia proveniente de la dimensión y la dialéctica imaginarias. La función de desconocimiento atribuida tempranamente al registro imaginario aquí toma la forma de la constitución del cuerpo como uno y yo.

Una preciosa síntesis se halla en un Lacan tardío, prueba de que no cambia. Con denodada claridad enfatiza el hecho del cuerpo como hablado por el Otro, incluso antes de advenir a la vida, por aquellos Otros que nos ascienden y se malentienden y a quienes les debemos el cuerpo:

El cuerpo no hace aparición en lo real sino como malentendido. Seamos aquí radicales: vuestro cuerpo es el fruto de un linaje, y buena parte de vuestras desgracias se deben a que ya nadaba éste en el malentendido tanto como podía. Nadaba simplemente por la sencilla razón de que *parlêtrait*⁵ (podría traducirse: *ser-hablaba*) a cual mejor. Eso es lo que les transmitió “dándoles vida”, como dicen. Eso heredan. Y ello explica vuestro malestar en su pellejo, cuando es el caso. El malentendido ya es de antes. En tanto que ya antes del hermoso legado, forman parte o más bien, dan parte del farfullar de vuestros ascendientes. No se necesita que farfullen ustedes. Desde antes, lo que los sostiene por concepto de inconsciente, o sea, del malentendido, echa raíces allí. No hay otro trauma de nacimiento que nacer como deseado. Deseado, o no -de lo mismo da igual, ya que es por el *parl’être*. El *parl’être* en cuestión se reparte, por lo general, en dos hablantes. Dos hablantes que no hablan la misma lengua. Dos que no se escuchan hablar. Dos que no se entienden, sin más. Dos que se conjuran para la reproducción, pero de un malentendido cabal, que vuestro cuerpo hará pasar con la dicha reproducción.⁶

Lo real del cuerpo es el malentendido, lo que el significativo no logra recubrir. No su sustancia. Es producto de un linaje pero su ascendencia, la línea de sus antepasados no se entiende genéticamente sino a partir del Otro como estructura de lenguaje, de él dependen las desgracias de cada quien, debido a que vuestro cuerpo nace en el reino del malentendido de *lalengua*. Cuando se nos da la vida no se nos brinda sin el malentendido, en suma: no se nos da vida biológica puramente. Lo que nos preexiste y se hereda, fundamentalmente, es el malentendido proveniente de nuestros ascendientes y su farfullo. Farfullar es

decir algo muy deprisa y de manera atropellada y confusa. ¿Por qué? Porque incluso antes de heredar un cuerpo “dan parte del farfullar” de aquellos que los ascienden, son la causa de su farfullar, que remite a la causa de deseo del Otro. ¿Cómo escapar pues al malentendido? No es factible, aun antes de que ustedes farfullen. En eso radica el concepto de inconsciente en tanto es el discurso del Otro, podría decirse: el farfullar del Otro. Este es el trauma de nacimiento: que el deseo del Otro nos espera, nos aloja pero de un modo que no escape al malentendido del lenguaje. Si el ser viene del hablar, es de la palabra del Otro, de ambos Otros que “no hablan la misma lengua”, hablarán el mismo idioma pero no la misma lengua pues se malentienden ya que cuando se escuchan, no se entienden sin más. “Se conjugan para la reproducción”, pero lo que se reproduce, además del cuerpo, es el “malentendido cabal”. Y nuestro cuerpo, producto de la reproducción viene a hacer pasar, el malentendido entre aquellos dos ascendientes, lo hace pasar por alto.

Al margen, no ha de soslayarse en la cita la exacta articulación de conceptos que tienen largo alcance en la enseñanza de Lacan. Es difícil escapar a la impresión que genera, retomando casi en el extremo final de su enseñanza sus primeras reflexiones, unidas cual banda de Moebius.

* No hay goce que no sea del cuerpo

Retomando el hilo de *El Seminario 14*, el recorrido hecho conduce a Lacan, sesiones después, a la formulación de un *nuevo principio* respecto del goce: “algo en donde marca sus rasgos y sus límites el principio del placer, es algo sustancial importante de producir bajo la forma que acabo de articular en nombre de un nuevo principio: no hay goce más que del cuerpo”.⁷ El tono conclusivo, axiomático, a veces opaca que la relación del goce con el cuerpo no es al modo de la encarnadura (un goce encarnado, fijado en el cuerpo: el punto de goce) sino que se modula a partir de la siguiente aclaración: “Decir que no hay goce más que del cuerpo les rehúsa los goces eternos, ahí está en juego lo que he llamado el valor ético del materialismo”. *No hay goce que no sea del cuerpo* es el principio que devela el ateísmo de Lacan, su renuncia a esperar algo de los goces del más allá, la muerte y los místicos. ¿Por qué el cuerpo opera allí como el punto de referencia contrario a esos supuestos goces? En una de las charlas en Sainte-Anne, dirá:

¿Dónde yace el goce? ¿Qué hace falta ahí? Un cuerpo. Para gozar hace falta un cuerpo. Hasta aquellos que hacen una promesa de Beatitudes eternas solo pueden hacerlo suponiendo que el cuerpo es su soporte. Glorioso o no, ahí debe estar. Hace falta un cuerpo. ¿Por qué? Porque la dimensión del goce para el cuerpo es la dimensión del descenso hacia la muerte.⁸

El cuerpo es el contrapunto de los goces eternos porque está afectado por el paso del tiempo que conduce al deterioro hasta

que termina con su desaparición - como se dice en eufemismos de los muertos: su desaparición física. Para algunos resta el alma como consuelo de un mejor destino pero de lo cual ¿según Lacan? nada podemos esperar en lo atinente al goce pues no podrá saberse de ello. Acabado el cuerpo caduca el goce, lo que a su vez conlleva la problemática afirmación de cierta localización del goce, localización peculiar pues no es localizable en un punto corporal. El nuevo principio está destinado, en definitiva, a puntualizar que el goce, contrariamente al deseo, no circula, no es transitivo; el deseo sí pues es el deseo del Otro, mientras que el goce no, el goce no es el goce del Otro, pues no hay goce del Otro. Por estas razones Lacan le reconoce un valor ético al materialismo como sistema filosófico opuesto al espiritualismo que considera que solamente existe la materia y que reduce el espíritu a una consecuencia de ella. Las afirmaciones del materialismo entran, asimismo, en oposición con las del idealismo; al afirmar que solo hay una “clase de sustancia” (la materia) el materialismo es un tipo de monismo ontológico. *Materia* para Lacan no es *material*, palpable, sino que lo toma como en ciencia: “no es nada que puedan ustedes considerar como producido por la experiencia común”. Es materia en tanto materia discursiva.

* Separación de goce y cuerpo

En la misma clase Lacan planteará que “la introducción del sujeto, como efecto de significancia, gira en la separación de los cuerpos y el goce, en la división puesta entre los términos que no subsisten más que uno del otro”. El registro de la significancia, de la introducción del sujeto en lo real, produce efectos sobre el goce. El nuevo principio ¿no hay goce que no sea del cuerpo? responde a ello, pero esta última afirmación postula una separación de cuerpo y goce que atenta contra el mismo principio que acababa de esbozar. Si el cuerpo coincidiese con el goce y el sujeto con el cuerpo, el sujeto podría ser hecho responsable de su goce (tema que marca una divisoria de aguas respecto de la concepción de la clínica psicoanalítica). Pero para Lacan el cuerpo se produce cuando el goce es excluido, barrido, lo cual no le impide sostener a la vez que no hay goce más que del cuerpo. Si no se lee todo como una torpe contradicción, se aprecia su paradoja: *No hay goce que no sea del cuerpo pero el goce del cuerpo siempre está en otra parte*. En suma: el goce se constituye separado del cuerpo cuando este, al ser marcado por el significante, deviene lugar del Otro. Si el cuerpo es el lugar del Otro, el goce siempre nos es ajeno (al yo y al sujeto), extraño, en eterno e irresoluble desencuentro. El cuerpo imaginario nos hace creer que el cuerpo es nuestro, Uno, y que el goce nos pertenece. El término goce en el estadio del espejo expresa la asunción jubilosa de la imagen especular vivida como un momento de fascinación que enmarca la alienación fundamental del sujeto en una imagen constituida *como un otro*. Pero por esto mismo *ipso facto* ese goce aparece como goce del otro. De

allí su conclusión: “No hay goce más que del cuerpo responde precisamente a la exigencia de verdad que hay en el freudismo”. Pues el sujeto localizado entre cuerpo y goce es a la vez efecto de la separación. Es efecto de esa unión y desunión del cuerpo y el goce. La verdad de Freud que Lacan recoge es que no hay relación entre sujeto, goce y cuerpo, pero tampoco son independientes unos de otros: *hay no-relación* entre ellos, lógica que años después escribirá con el nudo borromeo pero que vemos aquí ya operativa.

Cabe ahora puntuar el enorme problema que enfrentamos: ¿cómo se toca el goce en la práctica clínica? A medida que más se profundiza en las formulaciones de Lacan más se aprecia cuánto nos aleja de la idea de una aprehensión del goce, que se nos vuelve cada vez más abstracto. El atolladero de la consideración de que el goce se atrapa, toca o aprehende, es creer que se puede estar ahí espacial y temporalmente. Es, no obstante, esencial no rehuir al problema de dónde está el goce y cuándo se goza, sin por ello recaer en materializaciones y detenciones, es decir, sin perder de vista la imposibilidad del *ahí*. La dimensión espacial del goce, deja ver, finalmente, la dimensión temporal del goce, otra de sus grandes paradojas pues el goce se traza entre la *inminencia* y la *pérdida*, es decir, entre lo que aún no llegó y lo que ya pasó.

Paradojas del principio

Para finalizar, es necesario interrogar por qué Lacan se ve llevado a formular un “nuevo principio”. ¿Nuevo respecto de qué? ¿Reemplaza a otro principio?

La concepción freudiana de *principio* responde a una idea respecto de la *determinación*. Sabemos que hasta cierto tiempo de su obra Freud consideró que la determinación por excelencia de la vida psíquica era el principio del placer, pero su experiencia lo lleva en 1920 a relativizar su dominancia y a concluir que hay algo que no está determinado por él, que no lo comprende todo sino que hay otro factor que es determinante e incluso domina al principio del placer mismo pues está “más allá” de él: la pulsión de muerte. En esa línea, Lacan llega a decir en sus charlas en Sainte-Anne que “si hay un más allá, no hablemos más de principio. Un principio donde hay un más allá ya no es un principio”.⁹ En efecto, un principio es una noción fuerte en el sentido que organiza, como razón, todo un funcionamiento. Y si hay un más allá de él, este ha fracasado como principio organizador. Ahora bien, esto no exige establecer un principio más determinante y primordial, en un corrimiento que nos llevaría al origen; un principio es una ficción puesta en el lugar del agujero, donde falta el fundamento último. Es un error, pues, considerar el *más allá* del principio del placer como un principio más fundamental que el del placer. Tampoco *más allá* es al lado, en continuidad con el principio del placer, así como no plasma una exterioridad, un punto extrínseco, fuera del sistema. Por el contrario, el *más allá* designa que el principio supuesto determinante está perturbado

por un factor intrínseco que lo agujerea. En suma, la expresión *más allá* para Freud implica una rectificación de las relaciones de determinación que él mismo había fijado y no comporta ninguna idea ligada a desarrollo o evolución. La pulsión de muerte hace estallar la cuestión fundamental del dualismo freudiano: no es posible sostener dos principios que pulseen por gobernar el decurso de los fenómenos. Vale decir que no se trata de tomar el más allá del principio del placer como un criterio de distribución de fenómenos que estarían excluidos del placer, que tendría sus excepciones. Esta aclaración es capital pues el *más allá* suele ser traducido lisa y llanamente en la vulgata lacaniana como irrupción de goce, borrando todo matiz. En este caso, se constituiría como otro principio *más principio* que el otro, más basal, un *superprincipio*¹⁰ determinante fundamental. Si el principio del placer es agujereado por la pulsión de muerte, solo queda un principio y su marca en el fracaso de aquel: el principio del más allá del principio del placer.¹¹

Lacan establece, de esta manera, un marco conceptual donde situarse en la práctica clínica en relación con el goce. Esto es muy importante pues la clínica del silencio y corte que busca acotar el goce renuncia explícitamente a lo metafórico por considerarlo pura elucubración de saber, del inconsciente, un engaño respecto del verdadero asunto en juego que es el goce del cuerpo, inefable. Sin dudas, se trata de un prejuicio muy arraigado lamentablemente, que localiza el goce en el cuerpo tomado en su materialidad. En un clásico sobre el tema se afirma: “allí donde el goce está en el cuerpo, allí donde estamos? hablando en sentido estricto? ante la carne, no sabemos qué hay”.¹² El cuerpo *en sentido estricto* es la carne, no en sentido figurado, aproximado o metafórico (que podría suavizar la formulación). Si el cuerpo es la carne, el goce está en la carne, por ello es inefable, resistente a la palabra, inútil. “No sabemos”: el saber es una articulación significativa, entonces, si no sabemos, el goce es extrínseco a lo simbólico. Lacan rechaza esto con fiereza: “creen con una convicción inquebrantable que la palabra no tiene efecto. Se equivocan”¹³ ¿los liquida?. Cuando en *El Seminario 14* plantea “tu cuerpo deviene la metáfora de *mi goce*” ubica por sobre cualquier otra determinación el lenguaje y la palabra: el goce es efecto del significante y la palabra (*parole* en francés, *habla*). En consecuencia, sin hablar no hay goce, no podrá saberse nada de aquello que tiene que ver con esto que se denomina goce.

Si es esperable del psicoanálisis como práctica alguna modificación en la economía de goce del sujeto, eso solo podrá hacerse metafóricamente, en tanto el analizante tenga algo que decir. Allí el acto del analista encuentra su razón en toda la plenitud del término (sin restringirlo a un tipo de intervención privilegiada): ya sea una “puntuación afortunada”,¹⁴ ya sea evocando el poder del símbolo de manera calculada en las “resonancias semánticas de sus expresiones”,¹⁵ ya sea desplegando la “virtud alusiva”¹⁶ de su interpretación, una interpretación que cabalque entre la cita y el enigma,¹⁷ echando mano siempre al “equivoco

fundamental”¹⁸ de lo simbólico, así como la “suspensión de la sesión”,¹⁹ que al escapar del atolladero técnico que la convirtió en un alto puramente cronométrico (antes a los 50 minutos, ahora a los 10) desempeña el papel de “escansión [...] que tiene todo el valor de una intervención”, y por fin, por qué no también un silencio *preciso*. Todos ellos modos que han dado prueba de sus efectos sobre la *dimensión gozante* del cuerpo.

NOTAS

¹ Lacan, J. (1975-1976/2006). *El Seminario. Libro 23: Le sinthome*. Buenos Aires: Paidós, p. 147.

² Lacan, J. (1972/2012). *El Seminario. Libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós, p. 31.

³ Lacan, J. (1975-1976/2006). *El Seminario. Libro 23: Le sinthome, op. cit.*, p. 147.

⁴ Lacan, J. (1966-1967). *El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*, inédito, clase XVIII (10/05/67).

⁵ Cf. <http://staferla.free.fr/S27/S27.htm>.

⁶ Lacan, J. (1980). *El Seminario. Libro 27: Disolución*, inédito, clase VI: “El malentendido” (10/06/80). En julio de ese año Lacan hará presencia en Caracas y en septiembre del año siguiente, fallece.

⁷ Lacan, J. (1966-1967). *El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*, inédito, clase XX (31/05/67).

⁸ Lacan, J. (1971/2012). Saber, ignorancia, verdad y goce. En *Hablo a las paredes*. Buenos Aires: Paidós, p. 34 [corresponde a la charla del 4/11/71].

⁹ Lacan, J. (1971/2012). Saber, ignorancia, verdad y goce. En *Hablo a las paredes*. Buenos Aires: Paidós, p. 32 [corresponde a la charla del 4/11/71].

¹⁰ Propongo este término extraño como derivación de la noción marxista de *superestructura*.

¹¹ Carlos Kuri se refiere a esto no como un dualismo sino como un *monismo agujereado*. Cf. su trabajo “La pulsión de muerte”, conferencia dictada en el Colegio de Psicólogos de Rosario.

¹² Miller, J.-A. (1984). Teoría de los goces. En *Recorrido de Lacan*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, p. 151.

¹³ Lacan, J. (1975-1976/2006). *El Seminario. Libro 23: El sinthome, op. cit.*, p. 18.

¹⁴ Lacan, J. (1953/2008). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1*. México: Siglo XXI, p. 245.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 284.

¹⁶ Lacan, J. (1958/2008). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2*. México: Siglo XXI, p. 610.

¹⁷ Lacan, J. (1969-1970/1992). *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, pp. 36-39.

¹⁸ Lacan, J. (1974-1975). *El Seminario. Libro 22: R.S.I.*, inédito, clase I (10/12/74).

¹⁹ Lacan, J. (1953/2008). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1, op. cit.*, p. 245.

BIBLIOGRAFÍA

Lacan, J. (1966-1967) *El Seminario. Libro 14: La lógica del fantasma*, inédito.

Lacan, J. (1972/2012) *El Seminario. Libro 19: ...o peor*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1975-1976/2006) *El Seminario. Libro 23: Le sinthome*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (1980) *El Seminario. Libro 27: Disolución*, inédito.